

Kant). II) La educación en los valores desde la filosofía antropológica. III) La educación ética en los movimientos político-sociales. IV) La educación en valores en la post-modernidad.

No cabe duda que la propuesta tiene importancia porque se hace indispensable reflexionar sobre estos temas. Nuestro presente lo atestigua.

La obra se presenta como de «carácter sintético y divulgativo», lo cual es un intento siempre bueno, en la línea de hacer accesible a un público más amplio temas significativos en la investigación interdisciplinaria. Y esto ofrece una relevancia mayor en el ámbito de la educación. Incluye la aproximación a autores diversos y a varios filósofos que han hecho incuestionables aportes al tema de los valores; sin embargo, sorprende que una iniciativa como esta no cuente, dando entidad y caracterizando la obra, con el aparato crítico necesario que fundamente los comentarios y reflexiones realizados. Si la *aproximación es sistemática*, no puede carecer de los textos, las fuentes y las notas o, al menos, las referencias correspondientes. Un trabajo de esta naturaleza no debería desprenderse de este requisito aunque se realice escuetamente. No es sólo un aspecto formal.

Precisamente por el título que lleva, le es dado el *testimoniar el valor* del trabajo intelectual contando con el rigor de su método y con el respeto por el esfuerzo creativo de los autores citados; algunos de ellos — como lo expresan algunos capítulos— son portadores de un pensamiento vigoroso que ha impulsado y fundado importantes transformaciones de la cultura en los períodos históricos considerados. Pero nos privan de la posibilidad de que los textos «hablen» más allá de los comentarios que sobre ellos y sus autores se pueda hacer.

En general se apela a filósofos y pedagogos muy conocidos desde Kant hasta nuestros días. De los postmodernos se expone como relevante la influencia de la filosofía analítica y del lenguaje. Se «echa de menos» el reconocimiento de los aciertos que ellos y otros han tenido al señalar *el malestar de nuestro tiempo*; la identificación de los vacíos éticos de los que adolece nuestra cultura y la intuición de que una nueva conciencia de «lo humano» está naciendo. Esto no puede ser indiferente a la ética y a la educación.—SILVIA MERLO.

HILARI RAGUER, *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939)*, Ediciones Península, Barcelona 2001, 478p. ISBN: 84-8307-341-2.

Un tema que sigue siendo todavía fuertemente polémico es el de la actuación de la Iglesia a lo largo de la Guerra Civil española, una contienda que supuso un durísimo enfrentamiento fratricida del que el país tardó mucho en recuperarse y, cuando lo hizo, fue con un alto coste. No se trata, ciertamente, de la primera vez que Raguer aborda esta cuestión, pues ya en plena transición democrática publicó su estudio *La espada y la cruz (La Iglesia 1936-1939)* (Bruguera, Barcelona 1977), así como diversos artículos, capítulos de libros y otras aportaciones que tocaban la misma cuestión. Lo que todo ello pone de manifiesto es que Hilari Raguer, monje benedictino, posee un conocimiento de primera mano de la actuación de la Iglesia durante

la Guerra Civil, hasta el punto de que muy seguramente podamos considerarlo como el mayor experto en este terreno.

La obra parte de una evidente admiración hacia la figura del Cardenal Vidal i Barraquer, a quien, de hecho, Raguer dedica el libro. Resulta evidente que el autor conoce muy bien al que fuera líder de la Iglesia española y Cardenal-Arzbispo de Tarragona, porque no sólo ha analizado el amplísimo Arxiu Vidal i Barraquer (archivo documental de Vidal i Barraquer) que recopilaron Miquel Batllori y Víctor Manuel Arbeloa hace ya años, sino que incluso ha biografiado a Salvador Rial, vicario de Vidal i Barraquer (a quien el autor gusta llamar «cardenal de la pau» o «cardenal de la paz»).

Así pues, la monografía se halla estructurada en torno a un prólogo, una introducción, trece capítulos y un apéndice documental. Comencemos por el prólogo. Escrito por Paul Preston, con el que Raguer mantiene una buena amistad y una relación profesional de mutua colaboración (Preston le agradeció a Raguer su ayuda en el libro *Las tres Españas del 36*, publicado en 1998), el historiador británico afirma que ya la publicación de la obra de *La espada y la cruz* le había llamado poderosamente la atención por su calidad y que el estudio que ahora se presentaba constituía toda una lección objetiva de cómo un acercamiento ético y moral a la historia era compatible con la honestidad sin prejuicios. La conclusión de Preston, cuyo reconocimiento hacia la labor de Raguer parece más que evidente, es que se trata de un libro de lectura muy amena y, lo más importante, de una obra historiográfica que él considera «capital».

La introducción corre ya a cargo de Hilari Raguer. El historiador catalán afirma que, dentro del inmenso océano de aportaciones bibliográficas que constituye la Guerra Civil, la referida a la Iglesia constituía la «cenicienta». Estoy de acuerdo con él en que la obra de Antonio Montero *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939* es una de las más notables, particularmente por lo documentado y sistemático del trabajo, pero no lo estoy tanto con el esfuerzo de imparcialidad que según Raguer hizo Montero: sin negarlo, a lo largo de la lectura nos percatamos de que el hecho de haber sido publicado en 1961, cuando hacía tan sólo ocho años que se había firmado el Concordato entre la Santa Sede y el Gobierno español, influye de manera notable en el espíritu de este estudio, que todavía se encuentra imbuido de la idea de la Guerra Civil como *cruzada* contra el comunismo marxista y ateo. En lo que sí resulta muy acertado el comentario de Raguer es en aquello de que el gran mérito de Montero fue el de cuantificar el número de eclesiásticos asesinados con tal grado de exactitud que se impedía la exageración hacia un lado u otro, y que sigue siendo todavía un campo sin explorar el número de seglares que murieron por razones estrictamente religiosas. Otra notable contribución, el libro de Herbert Southworth *El mito de la cruzada de Franco*, debe ser matizado por el compromiso de Southworth con la causa de la república, si bien Raguer destaca el rigor de su crítica bibliográfica y documental. También concuerdo con la afirmación de Raguer de que el libro *Historia de la Iglesia en España 1931-1939*, de Gonzalo Redondo, se sitúa en el polo exactamente contrario que el de Southworth: a pesar del indudable trabajo de documentación realizado por Redondo, su orientación resulta francamente anti-republicana y profranquista.

Como he puesto de manifiesto en mis diversas investigaciones sobre el tema, quizá las dos mejores aportaciones que se hayan realizado sobre el período sean las de

Alfonso Álvarez Bolado (autor de *Para ganar la guerra, para ganar la paz. Iglesia y guerra civil: 1936-1939*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid 1995) y Antonio Marquina [*La diplomacia vaticana y la España de Franco (1936-1945)*, CSIC, Madrid 1983]. Particularmente el libro de Álvarez Bolado, al que Raguer califica de «macizo, imprescindible e insuperable volumen». En cualquier caso, parece evidente que Raguer es posiblemente el mayor especialista, entre otras cosas porque, además de su indudable talento intelectual, lleva nada menos que cuarenta años trabajando sobre el tema, desde que en 1960 inició sus estudios.

Quizá por eso el libro está concebido, más que como una narración detallada de los hechos históricos, como un análisis de los principales puntos conflictivos para la historiografía. Para ello Raguer considera necesario remontarse a la cuestión religiosa en la segunda república. Según él, tanto el Cardenal Segura como el Cardenal Gomá eran integristas, pero no en el sentido de una mentalidad conservadora o tradicional, sino en su acepción técnica de partidarios de un estado confesional que impusiera por la fuerza a todos sus súbditos la profesión y práctica de la religión católica y prohibiera cualquier otra. Estoy de acuerdo con Raguer cuando afirma el carácter conflictivo de Segura, que le hizo enfrentarse no sólo con la república, sino después con el franquismo. No estoy tan conforme, sin embargo, con su opinión favorable al famoso discurso de Azaña de octubre de 1931: aunque el político republicano tuviera como intención dañar lo menos posible a la Iglesia, considero que su famosa expresión («España ha dejado de ser católica») fue bastante poco acertada, porque en un clima tendente a los extremismos y con un alto grado de susceptibilidad, había que cuidar mucho las expresiones que se decían, algo en la que Azaña no fue especialmente prudente. Como ejemplo de este extremismo pone Raguer a Eugenio Vegas Latapié, un Letrado del Consejo del Estado que se ubicaba dentro del tradicionalismo más radical. Vegas, monárquico acérrimo y católico absolutamente inmovilista, llegó a planear un atentado contra Azaña, que él mismo narra en sus *Memorias*. Este personaje, que posteriormente sería preceptor del hoy Rey de España, Juan Carlos I, fue un hombre al que seguramente definían dos características fundamentales: una honestidad absoluta y un fanatismo, si cabe, aún mayor. Esa gran coherencia que siempre le caracterizó no quita, sin embargo, para que, como recuerda Raguer, los hombres como él, tanto en el bando «nacional» como en el republicano, fueron seguramente los grandes culpables de una contienda que estuvo marcada por el odio fratricida, donde cada uno sólo quiso ver los errores del otro y no los propios.

Ese extremismo fue precisamente el que permitió que los apriorismos, y no la realidad en sí, fuera lo que marcara el destino de algunos hombres. Uno de los que hubo de sufrir ese extremismo fue el canónigo Maximiliano Arboleya. Figura muy destacado del catolicismo social español, aunque era asturiano, al llegar a Valladolid con el deseo de unirse a los «nacionales», se encontró con la repulsa de algunos canónigos y sacerdotes que él creía amigos suyos sencillamente porque tenía buenas relaciones con el sindicalismo y cooperativismo católico de Euskadi. Es aquí donde debemos recoger uno de los elementos más destacados del libro de Raguer, que no sólo sabe narrar los acontecimientos con un ritmo francamente agradable para el lector, sino que, además, lo sabe adornar con citas textuales que enriquecen la perspectiva de la tragedia que hubo de sufrir España durante aquellos años. Como el au-

tor muy bien señala, Arbolea, que se quejó amargamente de que no hubiera «términos medios», representa una figura parecida a la de Vidal i Barraquer: la de hombres de talante dialogante y moderado que nada o muy poco tuvieron que hacer en un inmenso océano de intolerancia.

Hay una cuestión que sigue echando en falta la historiografía, y que Raguer tampoco parece abordar, que es la participación o no de la Iglesia en la conspiración. Por lo menos a lo que yo personalmente he tenido acceso, lo único que sabemos concretamente es que el Obispo de Barcelona, Manuel Irurita, prestó su palacio episcopal a los conspiradores para que prepararan la sublevación (al menos así se afirma, aunque sin citar la fuente concreta, en J. M.<sup>a</sup> Solé y Sabaté, «Las represiones», en S. Payne y J. Tusell, *La Guerra Civil. Una nueva visión del conflicto que dividió España*, Temas de Hoy, Madrid 1996, p.595). Parece factible que la Iglesia estuviera, al menos en las altas esferas, bien informada de lo que se estaba preparando, porque el propio Cardenal Gomá suspendió su actuación en la consagración episcopal de Gregorio Modrego para marchar a Navarra, poco antes del 18 de julio, donde se encontraría mucho más seguro. Sin embargo, el que hubiera apoyado directamente la conspiración, fuera de lo dicho por Solé y Sabaté, es algo que todavía resulta totalmente desconocido.

Para Raguer, hay una fecha que marca un antes y un después en la implicación de la Iglesia en la guerra: la del 14 de septiembre de 1936, cuando Pío XI pronunció un discurso ante un grupo de prófugos españoles. Aunque ya el 1 de septiembre los obispos de Vitoria (Mateo Múgica) y Pamplona (Marcelino Olaechea) habían dado a conocer su opinión sobre el tema, los grandes documentos pastorales, como la carta *Las dos ciudades*, de Pla y Deniel, y, por supuesto, la *Carta colectiva* del 1 de julio de 1937, son posteriores a esta fecha. En este sentido, resulta una interesante aportación de Raguer la milimétrica cronología que proporciona de los hechos, así como el análisis detallado de cada documento episcopal. El autor, consciente de que hay un triple nivel de estudio (la Santa Sede, los obispos españoles y los seglares, aunque yo de este último discrepo), dedicará posteriormente un capítulo completo a seguir la evolución de la actitud de Roma ante la guerra española, y donde son de gran interés no sólo los libros ya citados de Álvarez Bolado y Marquina, sino también la obra de Javier Tusell y Genoveva García Queipo de Llano, *El catolicismo mundial y la guerra de España* (BAC, Madrid 1993). En esta monografía se pone de manifiesto la falta de tacto del enviado español, el Marqués de Magaz, a la hora de tratar con los representantes vaticanos. Raguer señala, con pleno acierto, que la gestión de Magaz comenzó mal ya desde el inicio, porque Magaz se presentó en Roma acreditado ante el Papa y ante el rey de Italia, lo que hizo al Vaticano molestarse al considerar que se le trataba como un apéndice del Estado italiano.

Hilari Raguer, en lo que consideramos que es una decisión acertada, dedica un capítulo completo a la *Carta Colectiva*, desde su misma génesis. Aquí es donde, a nuestro parecer, se realiza una de las aportaciones más interesantes de Raguer, porque, frente a los que suelen decir con ligereza que sólo Vidal i Barraquer no firmó, él precisa que realmente fueron hasta seis los que estuvieron en contra del documento. Desde el Obispo de Menorca, Torres Ribas, que era un anciano medio ciego e incomunicado, hasta el sorprendente caso de Justino Guitart, Obispo de Urgel y, por tanto, copríncipe de Andorra. Guitart acabó firmando, pero, en una tesis de Ra-

guer que puede ser francamente polémica, lo hizo porque Vidal i Barraquer consideraba que con su propia negativa ya era suficiente y que, por tanto, necesitaba un hombre de su absoluta confianza en las diócesis catalanas para tratar de no perder el control de las mismas. Sea esto cierto o no, desde luego constituye una de las grandes aportaciones del libro de Raguer, y merece la pena que en el futuro se profundice en este personaje histórico.

El autor destaca, por otra parte, la labor humanitaria del Obispo de Pamplona, Marcelino Olaechea, aunque lo hace dejando claro que se trata de una rara excepción dentro de la actuación del episcopado español. Lo que contrasta con la actitud radicalmente beligerante de los capellanes castrenses, que mostraban mayor obediencia a sus superiores militares que a los canónicos. En una posición mucho más moderada se situaba el político catalanista y católico Carrasco i Formiguera, a quien Raguer ubica en esa «tercera España» en la que se encontraban políticos como Luis Lucia, eclesiásticos como el Cardenal Vidal i Barraquer y militares como el General Batet. Por desgracia, en la Guerra Civil se impusieron actitudes radicales como la del Obispo de Teruel, Anselmo Polanco, a quien el autor realiza un interesante seguimiento.

A nuestro parecer, una de las aportaciones más interesantes de Raguer, por el grado de intensidad de la experiencia religiosa que transmite, es la que se refiere al ya citado Luis Lucia. Condenado a muerte por los dos bandos en litigio, Lucia escribió en su cautiverio un Salterio de mis horas donde relata cómo vive esos momentos de incertidumbre y se reafirma más que nunca en su fe cristiana. Todo lector que se acerca a este escrito palpa más cerca que nunca lo que fue la tragedia de la Guerra Civil y, sobre todo, la angustia de quien sabe que su fin está cercano. Raguer, como en él es habitual, lo refleja con ese sentido vibrante del ritmo que hace de la lectura de sus libros algo apasionante. No obstante, hay que decir que lo relatado por Raguer es sólo una breve explicación de algo en lo que otro autor, Vicent Comes, ha entrado de lleno [véase al respecto V. Comes Iglesia, *En el filo de la navaja. Biografía política de Luis Lucia Lucia (1888-1943)*, Biblioteca Nueva, Madrid 2002].

El libro también investiga cómo se desarrollaron las relaciones del Gobierno de Franco con la Santa Sede, resaltando Raguer la importancia que tuvo Monseñor Antoniutti, representante vaticano, en los nombramientos para las sedes episcopales vacantes, y la actitud dura que el embajador español, José de Yanguas Messía, puso de manifiesto en Roma. En ese sentido, estoy de acuerdo con el autor cuando destaca la permanente contradicción de un Régimen que se declaraba *catolicísimo*, por un lado, y los constantes roces entre Madrid y Roma, por el otro, que llevarían a que se tardara prácticamente cinco años, el período transcurrido entre julio de 1936 y junio de 1941, para que se firmara el primer acuerdo Iglesia-Estado.

Lo que se evidencia en el libro es que Raguer, además de compartir amistad personal con Preston, comparte también el interés por lo que se empieza a conocer como la «Tercera España», es decir, la de los moderados. Por ello a este historiador le gusta contraponer la figura del ponderado Vidal i Barraquer con la del radical Gómá, aunque, como es bien sabido, fue el segundo el que acabó imponiéndose. Y ello a pesar de que la república, por medio de su ministro Manuel de Irujo, intentó terminar con los desmanes que acabarían llevando a la tumba a casi siete mil religiosos. En este sentido, fue importante el apoyo que Irujo encontró en el Presidente del

Gobierno desde mayo de 1937. Juan Negrín, si bien Raguer afirma que, mientras Irujo obraba por claras convicciones católicas, Negrín lo hacía por pura conveniencia política. En cualquier caso, a los dos les unía un mismo fin: normalizar la vida religiosa. A tal fin, Irujo permitió a Salvador Rial, Vicario del Cardenal Vidal i Barraquer, viajar a Suiza (agosto de 1937), donde se encontraba el cardenal catalán, y que este fuera informado por su colaborador de cómo se iba normalizando la vida religiosa y cómo la república tenía un interés real en reconciliarse con la Iglesia. Asunto éste que Raguer conoce muy bien, pues años atrás publicó su libro *Salvador Rial, Vicari del cardenal de la pau* (Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1993). Sin embargo, el exilio en el que se encontraba Vidal i Barraquer y el ascendiente que Gomá tenía sobre el episcopado español acabaron frustrando este plan y muy poco antes de este viaje los obispos hacían pública la famosa *Carta Colectiva* (1 de julio de 1937), donde se manifestaban a favor del bando «nacional».

Como se encarga de reflejar en un capítulo completo Raguer, estas negociaciones con el gobierno de la república y su negativa a firmar la *Carta Colectiva* supusieron el ostracismo definitivo del Cardenal Vidal i Barraquer, además de la detención por parte de las autoridades franquistas de su vicario, el Doctor Rial.

Así, Raguer decide dedicar un bello último capítulo a reflexionar sobre lo que fue la «Iglesia de la Victoria», aquella Iglesia que le dio a Franco, en abril de 1939, la «espada de la victoria» de la Cruzada contra el marxismo ateo y anticlerical. Treinta y dos años después, en la *Asamblea conjunta de obispos y sacerdotes*, la Iglesia pidió perdón por no haber sabido ser instrumento de la reconciliación. Estoy completamente de acuerdo con el autor cuando destaca que ese gran momento de autocrítica y sinceridad que se vivió en septiembre de 1971 no ha vuelto desde entonces a repetirse: se ha hablado de perdonar, pero no de pedir perdón, algo en lo cual será necesario que el mundo católico siga meditando porque hay cuestiones de las que debe sinceramente arrepentirse.

La obra de Hilari Raguer concluye con un interesante apéndice documental y una muy precisa cronología de los hechos, además de una amplia bibliografía y un completo índice onomástico, que viene a reafirmar la valía de este libro como una de las más brillantes aportaciones de la historiografía eclesial contemporánea.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

GONZALO PUENTE OJEA, *Mi embajada ante la Santa Sede. Textos y documentos, 1985-1987*, Foca, Madrid 2002, 621p. ISBN: 84-95440-22-9.

En el otoño de 1985 el Gobierno español decidió nombrar al diplomático Gonzalo Puente Ojea embajador español cerca de la Santa Sede. Este hecho en sí no tenía mayor importancia, excepto por el hecho de que en España gobernaba, desde octubre de 1982, el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), y de que, lo más importante, Puente Ojea había escrito años antes la obra *Ideología e Historia* (con dos partes, la primera titulada *La formación del cristianismo como fenómeno ideológico* y la segunda *El fenómeno estoico en la sociedad antigua*), en la cual cuestionaba la visión católica de los orígenes del cristianismo y negaba el carácter divino de Jesucristo. Puente Ojea, ade-